

Felicitaciones
por los 140 años
de resguardo y disfusión
del conocimiento
por parte de la Biblioteca
Histórica José María
Lafragua

El “acero poblano” que se fragua en una biblioteca

José Luis Gonzalo Sánchez-Molero
Universidad Complutense de Madrid

Cuando se acude a la memoria para buscar determinados recuerdos, en este caso sobre mis estancias en Puebla y en la *Biblioteca Histórica José María Lafragua*, las dos primeras sensaciones que llegan a mi mente son las de satisfacción y agradecimiento. No me sorprende, por tanto, que Aristóteles ubicara en el corazón el órgano donde residía la memoria. Y es que esta biblioteca no está tanto en mi cabeza, como en esta otra parte de mi cuerpo, en el pecho, al menos en cuanto se refiere a los afectos. No obstante, como es sabido, la memoria no se almacena en las fibras de este músculo tan poderoso y vital para nuestra existencia, sino en una de nuestro cerebro. Son las neuronas allí radicadas las que me recuerdan, con escaso margen de error, cuando estuve en la ciudad mexicana de Puebla de Zaragoza. La primera ocasión fue en octubre de 2015, y la segunda en noviembre de 2023. En ambas estancias viajé hasta México para participar en dos cursos de la *Escuela Complutense Latinoamericana*, en colaboración con la *Benemérita Universidad Autónoma de Puebla*. Dedicados al estudio y la gestión del patrimonio bibliográfico, en particular de las encuadernaciones y del libro antiguo oriental, desde entonces he seguido manteniendo contacto, ora en persona, ora en remoto, con la dirección de la citada biblioteca y con su personal. Esta primera fotografía que comparto con vosotros fue tomada en Puebla durante mi primera estancia (ver figura 1), en ella aparezco jugando con la peculiar construcción interna de un libro antiguo japonés (un ejemplar del *Miyako meisho zue*, impreso hacia 1780).

Si he seleccionado esta simpática fotografía es porque representa muy bien el espíritu cordial y profundo que he establecido desde 2015 con *Lafragua*. Los libros son siempre una “ventana”, que nos permite ver y mirar hacia otros lugares, por muy lejanos que parezcan estar. Para quienes hayan asistido a mis lecciones sobre libros orientales comprenderán lo que estoy haciendo en la imagen.



Figura 1. José Luis Gonzalo Sánchez-Molero jugando con un impreso japonés Puebla, 2015

La singularidad de *Lafragua* no reside únicamente en el rico acervo conservado en sus colecciones bibliográficas, tampoco en su dilatada existencia de 140 años, que ahora conmemoramos. Los aniversarios, si solo sirven para recordarnos la longevidad de una institución, de poco sirven. No es el tiempo, sino la trayectoria desarrollada durante tanto tiempo la que merece ser recordada. Y en el caso de esta biblioteca poblana, esta conmemoración debe servir para reconocer la labor incansable de quienes han contribuido a su conservación, crecimiento y proyección como un espacio de conocimiento, cultura y memoria cultural.

Desde su fundación, *Lafragua* ha sido testigo y protagonista de los complejos cambios sociales, políticos y culturales experimentados en México. El hecho de que (hace 140 años) la biblioteca recibiera su nombre en homenaje a don José María Lafragua (1813-1875) no es casualidad. Este ilustre poblano, jurista, político, diplomático y bibliófilo, fue un defensor apasionado de la educación y la cultura. Su vida y obra representan unos valores que, siglo y medio más tarde, esta biblioteca ha seguido representando: el amor

por los libros como herramientas de cultura y testimonios históricos, la difusión del conocimiento en ellos depositados y el compromiso con la formación de una ciudadanía crítica y conocedora de su pasado histórico. *Lafragua* entendió que el acceso a la información es condición indispensable para la libertad, la democracia y el desarrollo humano. Hoy, su legado vive en cada rincón de la biblioteca: en los anaqueles repletos de libros, en su decimonónica sala de lectura, en los proyectos de digitalización, en las numerosas actividades de divulgación y en la vocación de servicio de su personal.

Su origen como biblioteca pública la convirtió en un espacio abierto al saber, donde generaciones de estudiantes, investigadores y ciudadanos han encontrado un refugio intelectual y un punto de encuentro para el diálogo y la reflexión. Lo he podido comprobar, tanto de manera personal, como a distancia desde este otro lado del océano Atlántico. Cuando viajé a Puebla en 2015, México no era un país desconocido para mí (ya había estado antes en Ciudad de México en varias ocasiones), pero sí lo era aquella ciudad (la más española del país, afirmaban las guías turísticas, por su historia en época virreinal y su urbanismo). No me lo pareció tanto, quizás porque en América todo lo español se transformó y se adaptó a un nuevo mundo, pero mi experiencia como docente y como persona fue inmejorable. Entonces me recibieron en *Lafragua* su director Manuel de Santiago, pronto a jubilarse, y Mercedes Salomón, en ese momento Coordinadora de Proyectos, que no tardaría en sucederle en la dirección de la biblioteca. Ambos me introdujeron en la historia de la institución y en los contenidos de su acervo bibliográfico. Al mismo tiempo me presentaron y arroparon ante un alumnado de edades muy diferentes, entusiasmado y ávido por aprender. ¿Qué mejor lugar para ello que una biblioteca como *Lafragua*? Fueron clases enriquecedoras, y no tanto por lo que pudiera enseñar, sino por lo que aprendí con aquellos estudiantes, así como con sus bibliotecarios. Les comparto como recuerdo de aquellos días la siguiente fotografía, testimonio fiel de tan grata experiencia docente (ver figura 2). Entre las personas fotografiadas reconocerán a Manuel E. de Santiago y a Mercedes Salomón, pero también a Jorge Luis Cota, Responsable

de Control Bibliográfico, a Edgar Iván Mondragón, en ese momento Responsable de Conservación, y a David Aurelio Tototzintle, Auxiliar de Control Bibliográfico en la biblioteca, quienes participaron en el curso.



Figura 2. Foto grupal del cierre del curso **El libro antiguo y sus encuadernaciones: análisis, identificación y métodos de investigación como patrimonio cultural**. *Escuela Complutense Latinoamericana*, edición 2015. *Biblioteca Histórica José María Lafragua, BUAP*

Regresé a España, solo un mes después fui elegido decano de mi facultad, la de Ciencias de la Documentación, en la Complutense, pero ni la distancia, ni las obligaciones de gestión académica, impidieron que se continuara el contacto. En *Lafragua* parece que saben muy bien como fortalecer amistades y lazos institucionales. Hacen, sin duda, honor a su nombre, “fraguando” vínculos en el acero más noble y resistente que existe, el único capaz de unir almas. En España hablamos del «acero toledano», en México es famoso el acero fabricado en Puebla, pero en *Lafragua* he descubierto que existe otro tipo de «acero poblano». En este material, tan resistente como versátil, me llegaron desde 2015, a través del correo electrónico consultas sobre la existencia de posibles marcas de fuego en la *Real Biblioteca de El Escorial*, propuestas de dirección de trabajos de fin de máster y de tesis doctorales y, sobre todo, un sinfín de noticias sobre las actividades culturales que en aquella biblioteca se celebraban. Fue a través de esta vía como supe en 2016 que dos manuscritos virreinales del siglo XVI, preservados en la biblioteca *Lafragua*, el *Códice Sierra-Texu-*

pan y el *Yanhuítlán* habían sido incorporados al proyecto *Google Cultural Institute*. El listado de actividades desarrolladas desde entonces es impresionante: conciertos, cursos, conferencias y exposiciones me trasladaban, sin lugar a duda, la vitalidad de una biblioteca a la que sus centenarios años en nada le pesaban.

En el año 2023, por fin, regresé a Puebla de Zaragoza. Como en la ocasión anterior fue gracias a la generosidad de mi compañero y amigo, el profesor Antonio Carpallo, director de un nuevo curso de la *Escuela Complutense Latinoamericana*, en colaboración con *Lafragua*. Al retornar a esta institución en noviembre de dicho año, a los pocos meses ya de terminar mi segundo mandato como decano, pude comprobar *in situ* que las noticias que desde 2017 recibía (a través del correo electrónico «Avisos Lafragua») no eran mera propaganda, ni “correos maliciosos”. Al contrario, durante los años transcurridos la *Biblioteca Lafragua* ha sabido responder a los desafíos de esta época, incorporando las tecnologías de la información, digitalizando sus acervos, facilitando el acceso remoto a sus colecciones, estudiando y resguardando sus manuscritos, incunables y documentos históricos, todos de gran valor incalculable para la historia de México e Hispanoamérica, organizando exposiciones, conferencias, talleres y actividades que acercan el saber a públicos diversos y, por último (aunque no por ello menos importante), siendo un referente en la formación de bibliotecólogos, archivistas y especialistas en gestión documental. Estos logros no serían posibles sin el trabajo constante, la visión y el compromiso de quienes forman parte de la biblioteca y el respaldo institucional de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Como en la anterior ocasión, me encontré con un alumnado entusiasta, gracias al cual regresé a España con unos preciosos cuadernos y maquetas de libros en miniatura (obsequiados por algunos estudiantes), libritos que después he empleado en mis clases en España. Sin embargo, fue en *Lafragua* donde lo hice por vez primera: el libro amuleto que cuelga de mi cuello, en la fotografía adjunta, es uno de aquellos volúmenes (ver figura 3).

Hasta aquí, todo igual, pero hubo una novedad: durante las mañanas, en la pausa entre clase y clase, compartía un café y algunas deliciosas galletas caseras con algunos



Figura 3. Sesión del curso **El libro antiguo y sus encuadernaciones: análisis, identificación y métodos de investigación como patrimonio cultural**. Escuela Complutense Latinoamericana, edición 2023. Biblioteca Histórica José María Lafragua, BUAP.

miembros del personal de la biblioteca. En 2015 no había entre nosotros tanta confianza, pero años más tarde, sí. Era como si ya nos conociéramos de toda la vida. Siempre agradeceré y recordaré con cariño aquellas charlas ante un café (tan caliente como el “acero poblano”) con Jorge Luis Cota, Dennis Marcovick Pérez y Marisol Hernández Palomares. Con ellos aprendí que la Biblioteca Lafragua no es solo un edificio o una colección de libros, es una comunidad viva, un espacio de encuentro amistoso y un puente entre el pasado y el futuro. En efecto, parafraseando el título de la última exposición bibliográfica que se ha celebrado en su edificio, Lafragua es mucho más que tinta y papel.

Hoy, al mirar hacia atrás y contemplar la historia de esta biblioteca de la BUAP, añadiendo lo poco que mi memoria y juicio pueden aportar, debo expresar un profundo agradecimiento a todas las personas que han hecho posible su existencia y desarrollo, desde sus fundadores, aquellos visionarios que imaginaron hace 150 años una biblioteca pública, convencidos de que el saber debía ser patrimonio ciudadano, hasta llegar a los directores, bibliotecarios, catalogadores, restauradores y personal administrativo, quienes en la actualidad cuidan con esmero cada libro, manuscrito y documento, preservando este importante acervo para las generaciones presentes y futuras. Enhorabuena por los logros alcanzados y por un futuro aún más prometedor.

La Lafragua en mi: recuerdos que no se borran, experiencias que se intensifican

Marina Garone Gravier

Instituto de Investigaciones Bibliográficas.

Universidad Nacional Autónoma de México

No podría decir con precisión el día, pero sé que fue en el segundo semestre de 2004 cuando entré por primera vez a la Biblioteca Lafragua en calidad de usuaria. Estaba rastreando impresos novohispanos en lenguas originarias en todas las bibliotecas que hubiera en suelo mexicano. Entonces el director era don Manuel De Santiago quien, desde el primer momento, me trató con amable sonrisa y gentil disposición. Buen trato y entrega bibliotecaria fue lo que descubrí en todos los integrantes de ese espacio maravilloso; tras dos décadas de constante relación con ellos y el espacio, me honra decir que los bibliotecarios y el personal son hoy queridos colegas y que su directora, doña Mercedes Salomón se ha convertido en entrañable amiga.

El cariño hacia ese ambiente tan ameno fue instantáneo, por ello no fue raro que desde ese momento me hiciera asidua a los cursos y otras actividades que allí se programaban. Pero eso fue sólo el inicio de una relación biblioteca-usuaria que con el paso de los años, ya más de 20, no ha hecho más que crecer y fortalecerse. La Biblioteca Lafragua no ha sido un espacio al que he ido por información, por libros y documentos, sino que ha sido para mí uno de los acervos nacionales que me ha permitido desarrollarme como persona al ejercer no sólo labores de docencia sino también de extensión y divulgación de la cultura mediante exposiciones presenciales y virtuales que he tenido el privilegio de curar en colaboración con los propios bibliotecarios y otros colegas.

Con un perfil de servicio de alta calidad, tanto para el público general como para los investigadores, dicha Biblioteca se ha caracterizado también por ser líder en la participación, el emprendimiento y consolidación de iniciativas de talla internacional como el Catálogo colectivo de marcas

de fuego y el proyecto Primeros Libros de las Américas, por mencionar sólo dos.

En mi opinión, cada biblioteca tiene un ADN propio, determinado entre varios factores por la naturaleza de sus colecciones pero también moldeado por el modo en que los trabajadores y usuarios se relacionan con la institución. En el caso de la Biblioteca Lafragua, desde el punto de vista genético, hay una notable curiosidad: su acervo es en parte hermano de una importante fracción del que resguarda la Biblioteca Nacional de México, legado que distribuyó justamente Lafragua. Varios investigadores del Instituto de Investigaciones Bibliográficas hemos tenido la fortuna de trabajar y conocer ambos fondos y, mucho me temo que aún queda bastante por explorar y difundir.

Para mí, la Biblioteca Lafragua es sinónimo de flexibilidad en sus dinámicas internas, proactividad y vocación de servicio y sobre todo respeto a nuestra historia nacional y local poblana. Estoy segura que los miembros de la comunidad de la BUAP y los poblanos valoran y aprecian esa institución; a mi me gustaría mucho que en ocasión del 140 aniversario de la institución, propios y extraños, sepan los numerosos tesoros que se resguardan en sus muros, que vayan a consultarlos y que usen la biblioteca, porque sólo de esa forma seguirá siendo la maravillosa señora centenaria que custodia una mina de conocimiento.

Pedro Rueda Ramírez

Coordinador del Máster de Bibliotecas y Colecciones Patrimoniales
Facultat d'Informació i Mitjans Audiovisuals
Universitat de Barcelona

La Biblioteca Histórica José María Lafragua se ha convertido en un centro dinámico con capacidad para ser un foco de interés para los investigadores que nos interesamos en los fondos antiguos desde centros de investigación y universidades. La capacidad de atracción depende en buena medida de las colecciones y los equipos que diseñan las estrategias que facilitan que los usuarios acudan para consultar y hacer uso de los servicios bibliotecarios. En los modelos más tradicionales las bibliotecas esperaban a los previsibles usuarios, pero actualmente las dinámicas son distintas y los catálogos en línea de calidad y los recursos digitales son esenciales, las propuestas culturales deben resultar de interés para la comunidad y los equipos son actores clave para promover un buen uso de los fondos.

Si me permiten una analogía, la biblioteca es una fragua o un laboratorio para experimentar con proyectos de humanidades digitales, desarrollar exposiciones propias, probar nuevos recursos técnicos de digitalización o procurar acceso universal a los contenidos en exposiciones virtuales. En algunos casos bibliotecas como la Lafragua ensayan estas propuestas, con éxito. Ahora bien, estamos en un mundo cada vez más competitivo en el que los fondos bibliográficos tienen una proyección global y las universidades deben posicionarse de forma competitiva. La Lafragua ha logrado, desde mi punto de vista, contar con una visión de las bibliotecas patrimoniales como centros de interés para amplias comunidades de usuarios.

En mi caso, mis estudios se han centrado en el fondo antiguo, especialmente de los siglos XVI al XVII, las marcas de procedencias o de antiguos poseedores, los impresos de México y algunos de los manuscritos de la colección. Algunas de mis investigaciones sobre circulación del libro entre Europa y Nueva España se vieron facilitadas por algunas de las obras preservadas en la Lafragua, así como algunas emisiones de libros que me permitían enten-

der mejor las tareas de los talleres o la llegada de grabados o tipos móviles. La diversidad de colecciones reunidas en esta biblioteca es otro de sus puntos de interés ya que ha logrado recopilar tantos fondos de procedencia conventual como las donaciones de obras del siglo XIX, especialmente de fondos mexicanos, que me interesaron especialmente ya que no es fácil dar con algunas de estas obras en bibliotecas europeas. Las visitas de investigación que he realizado siempre han dado frutos de interés y se han ido concretando en notas al pie citando los títulos de su fondo. Esta biblioteca refleja la importancia de construir conocimiento a partir de fuentes originales. En mi caso, analizando aspectos de la materialidad del objeto impreso, así como mi curiosidad por la recepción de materiales impresos europeos en Nueva España y la formación de las bibliotecas en Puebla.

En su conjunto la Biblioteca Lafragua es el arsenal para construir con una base más sólida interpretaciones de las prácticas y usos culturales del libro, un material imprescindible y que cuando se pone en las manos de los investigadores se convierte en bienes comunes compartidos que enriquecen nuestra mirada sobre la historia y los bienes patrimoniales.

Recordación de la Biblioteca Lafragua

Rodrigo Martínez Baracs

Dirección de Estudios Históricos, INAH

Recuerdo cuando visité por primera vez la Biblioteca Lafragua en 2010. Estaba investigando sobre *El largo descubrimiento del Opera medicinalia de Francisco Bravo*, de 1570, primer libro de medicina impreso en México, y busqué los tres ejemplares existentes, los dos de Nueva York (en la New York Public Library y en la Hispanic Society of America) y el de Puebla, que es una de las joyas de la Biblioteca Lafragua, y mis amigos Javier Siller y Sarah Mondragón Randall se ofrecieron a presentarme a Manuel de Santiago, director de la Biblioteca, me llevaron en su carro a Puebla y tuve el gran gusto de conocer a este ser excepcional. No sólo Manuel me enseñó, junto con Mercedes Salomón y otras colaboradoras, el tomito, perfecto, del *Opera medicinalia*, sino que me hizo un *tour* por las instalaciones de la Biblioteca, me enseñó algunas de sus impresionantes joyas, de esos libros franceses e italianos de grabados y mapas de muy grande formato, el taller de restauración y los aparatos modernos, grandes y esbeltos, que obtuvo gracias al perceptivo apoyo de las autoridades universitarias, para hacer digitalizaciones perfectas de los libros y documentos, que permiten aproximaciones al trazado fino del buril, la textura del papel, sin dañar los originales. Desde ese día admiro y quiero a Manuel de Santiago, por la amabilidad y profesionalismo con los que me mostró los libros y los aparatos, por la erudición con la que resolvió mis dudas históricas y bibliográficas antiguas y modernas –después me mandó copias de documentos sobre las vicisitudes del ejemplar poblano del *Opera medicinalia* en el siglo XX–, y comencé a recibir invitaciones a las actividades de la Biblioteca –presentaciones, conferencias, conciertos, representaciones, exposiciones, y también publicación de libros–, que nacieron como parte de las actividades de capacitación técnica, bibliográfica y cultural del personal, y se volvieron una tradición que hasta la fecha enriquece la vida cultural de Puebla. Pero, sobre todo, me

admiró el equipo de trabajo que Manuel de Santiago había logrado crear, con un ambiente que se sentía en cada uno y una de los trabajadores de la Biblioteca, entre ellas Mercedes Salomón, su directora actual, con una mística de amor y respeto a los libros y documentos antiguos. Manuel de Santiago creó y Mercedes Salomón continuó esta apasionada *Conjunción de saberes* bibliográficos y documentales que identifica a la Biblioteca Lafragua, tesoro de la ciudad de Puebla y de la humanidad.

Roger Chartier

Profesor Emérito del Collège de France

Annenberg Visiting Professor en la Universidad de Pensilvania

Tuve el privilegio y el placer de pasar los últimos días del mes de noviembre del 2023 en la Biblioteca Histórica José María Lafragua como invitado para el simposio “Cooperación bibliotecaria en el ámbito patrimonial”. Fueron días de experiencias múltiples. Experiencia, en primer lugar, del descubrimiento con una extraordinaria colección cuyas algunas joyas me fue posible ver, tanto los códices mixtecos, el *Códice Sierra Texupan y el Códice Yanhuatlán*, como un incunable impreso en Italia (el *De re medica* de Aulo Cornelio Celso, publicado en Brescia en 1497), o la muy curiosa *Biblia del Oso*, publicada en español en Basilea en 1569, condenada por la Inquisición y aceptada por las iglesias protestantes, o algunos de los libros impresos en México en el siglo XVI (por ejemplo, las *Opera medicinalia* de Francisco Bravo impreso por Pedro Ocharte en 1570). Más allá de la emoción que siempre produce el encuentro con el patrimonio manuscrito e impreso antiguo, me encantó observar el compromiso de la biblioteca para mantener viva esta herencia escrita gracias a los intercambios entre bibliotecarios, historiadores y estudiantes. Como escribió el doctor Jesús Márquez Castillo en la introducción del magnífico y precioso libro *Conjunción de Saberes. Historia del Patrimonio Documental de la Biblioteca Lafragua* (cuya lectura extendió para mí la visita de las colecciones): “La memoria escrita de la Biblioteca Lafragua persistirá en la medida en que hay nuevos lectores y nuevas lecturas del patrimonio que aloja”. Después de mis días en Puebla, volví a París con la certidumbre que las bibliotecas patrimoniales pueden y deben desempeñar un papel esencial, único, en nuestro mundo digital (inclusive si digitalizan sus colecciones): mantener viva nuestra relación con la materialidad misma de los objetos de la cultura escrita y, así, perpetuar nuestra vinculación con los hombres y mujeres que escribieron los textos, publicaron las ediciones y compusieron e imprimieron los libros que llegaron hasta nosotros. Las excepcionales colecciones de

la Biblioteca Lafragua son, a la vez, los testimonios de un pasado del cual somos herederos y que pueden encontrar las nuevas lecturas de los nuevos lectores del presente y del futuro gracias al saber y la dedicación de todo el personal de una institución que es, a la vez, lugar de conservación patrimonial, lugar de memoria, o memorias, en plural, y lugar de la producción y difusión de conocimientos nuevos.

Mi experiencia en la Biblioteca Histórica José María Lafragua

Sergio López Ruelas

Director del Sistema Universitario de Bibliotecas
Universidad de Guadalajara

“La calidad de la información es la carta de presentación de todo investigador”

La trayectoria de un investigador se determina por la calidad en la obtención de datos para nutrir su trabajo. Mi paso como académico ha sido marcado de manera muy positiva gracias a bibliotecas como la José María Lafragua de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

La Biblioteca Lafragua es una institución con una vocación histórica; todo ello es posible gracias al resguardo, la organización y la puesta en valor del patrimonio documental, el cual ha sabido conjugar el rigor académico con una apertura invaluable hacia los estudiosos de distintas disciplinas.

Cabe destacar la valiosa colaboración que la Biblioteca Lafragua mantiene con el Sistema Universitario de Bibliotecas de la Universidad de Guadalajara, lo que ha permitido la impartición de diplomados y cursos especializados en fondos históricos y una cooperación que enriquece a ambas instituciones.

Cada visita a sus salas, cada consulta en sus acervos —impresos, manuscritos o digitales— ha sido una oportunidad para descubrir, no solo fuentes de gran relevancia para mis líneas de investigación, sino también el compromiso de su equipo humano, cuya dedicación hace posible que los documentos del pasado dialoguen con las preguntas del presente.

Con motivo de los **150 años de ofrecer servi-**

cios como biblioteca pública y 140 años de llevar el nombre de don José María Lafragua, extiendo una sincera felicitación a esta noble institución. Su legado y su presencia siguen siendo fundamentales para el desarrollo de la investigación histórica, la memoria bibliográfica del país y el libre acceso al conocimiento.

Que este aniversario sea ocasión para celebrar su historia, pero también para proyectar su futuro como espacio de saber, conservación y servicio a la sociedad.

¡Felicidades, Biblioteca Lafragua!

